

EL MÁS GRANDE...

Juan tiene seis años y vive en Tegara, un pueblo-ciudad del Vallés. Casi desde que nació, siempre ha querido ser el mejor y tenerlo todo. Cuando digo todo, quiero decir precisamente: itodo, todo y todo!

Su abuela aún recuerda la primera palabra que dijo cuando empezó a hablar, no dijo mamá o papá, como hacen casi todos los niños y niñas, él dijo mío o exactamente: imío, mío y mío!

Sea lo que sea lo que tuviera cerca, lo cogía con fuerza y no lo dejaba estar por nada del mundo. Si su padre, su madre o su abuela intentaban quitárselo de sus manos, él chillaba como un loco: imío, mío y mío! Hasta conseguir que no se lo quitaran. Si era necesario, pegaba puñetazos o mordía.

Sus padres lo encontraban muy divertido y hacían bromas con sus amigos.

- Intentad quitarle el juguete, probadlo, vamos, probadlo. Ya veréis si es gracioso el niño de la casa - decían a sus invitados.

Y reían como si se hubieran vuelto locos todos, justo después de que Juan mordiera a un invitado.

Las pocas veces que iba al parque a jugar los otros niños y niñas, al verlo, huían espantados. Ninguno de ellos se había podido librar de llevar marcados sus dientes en el brazo o la cara. Juan, un día, decidió morder a un perro. El, pobre y dolorido, animal se escapó, y fue atendido por el veterinario que le recetó una vacuna para el perro... y para él.

A medida que creció, no le quedó más remedio que dejar de morder a todos. Entre otros motivos porque ya lo conocían y no se arriesgaban a acercársele.

En cambio, empezó a presumir, a hacer el gallito. Sólo salía de su casa para lucirse por la enorme cantidad de regalos que le hacían sus padres. Para lucirlos y compararlos con los demás.

El barrio entero aún recuerda el día en que se compró una bicicleta. Bien, una lo que se dice una, no. Él se encargó de repetir más de mil veces que su bicicleta no era normal, sino que era la más cara y espectacular que había en la ciudad.

Si no se la habían construido con oro y diamantes es porque no lo había pensado. Cuando el sol la tocaba era casi imposible mirarla. Sólo lo podía hacer Juan que siempre iba con gafas de sol.

Era realmente fantástico, parecía que podía volar. Al verla todos quedaron boquiabiertos. Pero aún quedaron más boquiabiertos cuando Juan se estampó en el suelo de la plaza. A pesar de las recomendaciones de sus padres, Juan compró la bicicleta más grande que había y por eso no tocaba, ni de puntillas, el suelo. Él estaba más preocupado en chulearse que en fijarse donde estaban los pedales.

De la bicicleta nunca más se supo (seguramente habrá terminado en el desván, con el resto de juguetes que ya no recordaba que tenía) Pero cuando llegó a la escuela en lugar de estar avergonzado estaba muy alegre.

- ¿Habéis visto que dentadura más fantástica me ha puesto el dentista? ¿Estoy seguro que os gustaría tener una cómo la mía? Pero no os lo podéis permitir.

La mayoría de los niños no querían jugar con él, pero Pol y Erik, unos niños con buena fe, no le querían dejar de lado. Estaban convencidos que tenía buen corazón, aunque estuviera muy, pero que muy escondido. Sin pensárselo dos veces lo invitaron a sus casas.

El primer día vino a recogerlos la madre de Erik que les ofreció la merienda.

- ¿De Carrefour... ? ¿Pretendes de verdad que me coma esto? ¡Ecs... ¡ qué cutre! Si no son Príncipe no me las puedo

comer - dijo Juan, (que empezó a demostrar su buen corazón)

- Niño - dijo la madre de su amigo - me parece que te tendrás que aguantar, no tengo nada más.
- Prefiero no comer nada que comerme esto. ¿Por cierto dónde han dejado el coche? ¿Supongo que no iremos a pie como todos los pobrecillos alumnos del colegio para no malgastar gasolina?
- No es un problema de dinero sino de conciencia, - le contestó la madre de Erik - de contaminar menos y de acostumbrar a los niños a andar y hacer ejercicio.
- Si, ja, ja... O sea que tenemos que ir a pie. Como dice mi padre: " quien no las puede hacer, dice que son verdes..." - dijo Juan mientras andaba hacia abajo - ya que tenéis vecinos aprovecharemos para molestarlos. A ver si tenemos suerte y despertamos a un viejo de esos que siempre están durmiendo.

Cuando llegaron a la casa de Erik, quedó en evidencia su exquisita educación.

- ¡No había visto nunca un piso tan pequeño como este! ¿Cómo lo hacéis para que viva aquí toda tu familia? ¿Alguno de vosotros duerme en el aparcamiento? ¿O sois tan pobres que tenéis que compartir la habitación los dos? - dijo Juan extrañado del tamaño del piso - En esa cocina no os debe caber ni el secador ¡Y el baño! Si se parece el de la Barbie princesa que tiene mi hermana. Esta caja prehistórica del comedor ¿qué es?, ¿Un televisor o una radio vieja con pantalla? Y el aparato de música, ¿aún va con "cáesete" ¿ No me digas que no tenéis ni terraza ni jardín?

Delante de la habitación de Erik siguió mostrándose encantador.

- ¿Aquí duermes tú y tu hermana? ¿Cómo lo hacéis? ¿Dónde está el ordenador? ¿Y el equipo de música? ¿Comprasteis el armario en el mercadillo? ¿Y los juguetes, dónde están? ¿No serán estos trastos? ¡Si que tienes pocos! ¡Y son de baja calidad! ¿No te da vergüenza? ¡Yo tengo mil veces más, mucho mejores y más grandes!

La madre de Erik, al oír a Juan, cambió de color, los ojos se le salieron de las órbitas, los pelos se le erizaron, la cabeza le dolía y le salía humo de rabia por las orejas. Esta dulce y maternal mujer se convirtió en una leona a punto de abalanzarse encima de su presa.

- ¿Cómo se le ha ocurrido a mi hijo invitar a nuestra casa a este..., a este..., a este... (la madre de Erik aún buscaba un mote elegante para definir a aquella criatura)... mal educado... !!

Haciendo un esfuerzo colosal, dio media vuelta y se encerró en la cocina, contó hasta mil y se preparó una tila ...triple. Se la tragó de golpe, sin darse cuenta que se quemaba, se sentó y esperó. Esperó, esperó, esperó...

Al volver a recoger a Juan, la canguro no tuvo tiempo de llamar al timbre y ya le habían preparado a la criatura, con abrigo, cartera y todo.

A la mañana siguiente, mientras Pol y Erik comentaban, aún perplejos, la actuación de Juan sintieron una voz dulce y musical.

- Así que vuestro amigo, o diría vuestro ex - amigo, quiere siempre tener lo mejor y ser el más grande. Entonces le ayudaremos a tener lo que desea... y se merece.

Los dos amigos, por más que miraron por todas partes, no eran capaces de encontrar quien hablaba.

- Ya me podéis buscar, no me vais a encontrar. ¡Soy un alarido y los alaridos son invisibles! Sólo algunos niños, los que se portan bien y tienen buenos sentimientos nos, pueden oírnos. ¡Vernos, nadie! Eso sí, si queréis ver que somos capaces de hacer, no os separéis demasiado de vuestro antiguo amigo. Si creéis que soñáis, más os lo vais a creer cuando utilicemos nuestra magia con él.

El próximo día, Juan los invitó a su casa. Los quería impresionar, estaba plenamente convencido que no le costaría nada. ¿Cómo no le tendrían envidia si ellos nunca lo podrían igualar?

Su habitación, como el resto de la mansión, era imponente. Además de ser inmensa tenía de todo: portátil, equipo de música, monitor de ordenador de última generación... Más que la habitación de un niño parecía un almacén de juguetes.

Según él, todo era mucho mejor y más grande que los cuatro pobres trastos que tenían ellos

Una desafortunada frase que tenía que haberse ahorrado. Justo acabada de pronunciar sus juguetes empezaron a crecer, crecer y crecer. En cinco minutos la habitación quedó tan llena que los tres amigos tuvieron que salir rápidamente.

Desde fuera contemplaban como los juguetes se hacían cada vez más y más grandes. Hasta que, sin más espacio para crecer empezó a hacerse añicos todo lo que había dentro de la habitación de Juan: juguetes, muebles, aparatos electrónicos... Rápidamente los más modernos y nuevos juguetes de la ciudad quedaron hechos añicos. A pesar del desastre, Juan aún quería presumir.

- ¡Bah! Mejor que se rompan todos así le pediré a mi padre que me los compre otra vez: nuevos, mejores y más

grandes... y de pasada que me haga nueva la habitación. Nueva y mucho más grande, digna de mí, que soy y seré siempre el más grande.

Aún no había tenido tiempo de acabar de pronunciar estas palabras cuando sucedió un nuevo prodigio: él mismo comenzó a hacerse grande, grande y más grande. Pronto se vio forzado a salir al jardín ya que no cabía en la casa ni acostado. Una vez fuera siguió creciendo. Primero fue tan alto como su casa. Después como las chimeneas de las antiguas fábricas de la ciudad. Más tarde, su cabeza se situaba por encima de las nubes y seguía creciendo y creciendo hasta que sus amigos lo perdieron de vista.

Y mucho me temo amigos y amigas lectores que, soberbio y orgulloso como era, aún seguirá creciendo si no ha sido capaz de aprender la lección.

ESTEVE VALLS MASCARÓ, 11 AÑOS.
C.P. Joan Mas
Pollensa, Mallorca